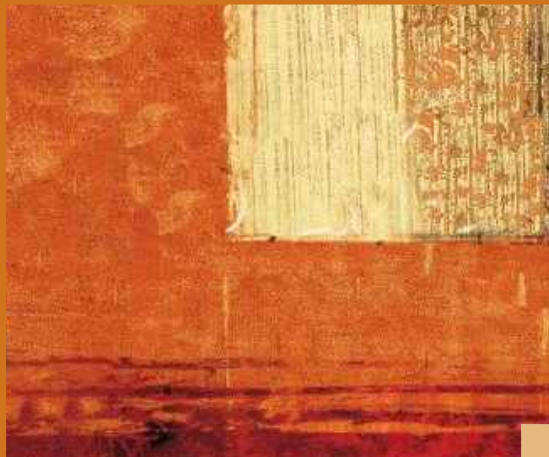




El pensamiento nacionalista

Jornadas de pensamiento político peruano



El pensamiento nacionalista

Jornadas de pensamiento político peruano



El pensamiento nacionalista

Jornadas de pensamiento político peruano

El pensamiento nacionalista
Jornadas de pensamiento político peruano

© Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral (IDEA Internacional) 2009

Las publicaciones de IDEA Internacional no son reflejo de un interés específico nacional o político. Las opiniones expresadas en esta publicación no representan necesariamente los puntos de vista de IDEA Internacional, de su junta directiva o de los miembros de su consejo.

Toda solicitud de permisos para usar o traducir toda o alguna parte de esta publicación debe hacerse a:

IDEA Internacional	IDEA Internacional
Strömsborg SE-103 34	Oficina Región Andina
Estocolmo	Calle Coronel Andrés Reyes 191
Suecia	San Isidro, Lima 27
Tel: +46 8 698 37 00	Perú
Fax: +46 8 20 24 22	Tel: (511) 440 4092 / 440 4093
info@idea.int	Fax: (511) 421 2055
http://www.idea.int	infoperu@idea.int

Diseño Gráfico: Ruperto Pérez-Albela
Ilustración de la carátula: *Interiores geométricos*, Domingo Yépez
Impresión: Litho & Arte SAC

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2009-14410
ISBN 978-91-85724-82-6

Impreso en Perú

Contenidos

Prólogo Rafael Roncagliolo	7
Los nacionalismos Héctor Béjar Rivera	9
Acerca del nacionalismo de Ollanta Carlos Tapia García	19

Prólogo

Rafael Roncagliolo

Entre mayo y junio del 2008, el Instituto para la Democracia y la Asistencia Electoral (IDEA Internacional), con los auspicios de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y del Ministerio de Relaciones Exteriores de Noruega, organizó un evento en el Centro Cultural de España en Lima que podía parecer insólito o anacrónico: jornadas sobre el pensamiento político peruano.


En dicho evento se trató de recuperar para la agenda política peruana algunas de las principales líneas de pensamiento que han alimentado y avivado la política del país durante el siglo XX. El programa de aquel seminario incluyó las siguientes mesas:

- Pensamiento socialcristiano;
- los socialismos;
- los nacionalismos;
- el pensamiento de Haya de la Torre;
- el Perú como doctrina: pensamiento de Fernando Belaunde Terry;
- perspectivas descentralistas;
- el liberalismo;
- ideas políticas frente a los retos del siglo XXI.

Aspiramos a dar a estos testimonios y reflexiones la mayor difusión posible, tanto entre los militantes de los partidos como entre los ciudadanos en general.

Al hacerlo, ratificamos una convicción profunda: la vida política puede —y a veces tiene que— pasar por la controversia, la lucha y hasta la diatriba, pero no se debe reducir a ellas.

La política es también el terreno de la confrontación y el diálogo entre visiones distintas y opuestas del país, su pasado y su futuro. El pensamiento político, las ideas, son valores indispensables para una vida democrática plena.



Esperamos que la calidad de las exposiciones aquí reunidas contribuya a rescatar estos valores de hoy y de siempre.

En esta oportunidad, el pensamiento nacionalista fue presentado por Héctor Béjar y Carlos Tapia.

Rafael Roncagliolo

Asesor Político Sénior para los Países Andinos y Jefe de Misión para el Perú
IDEA Internacional

Los nacionalismos

Héctor Béjar Rivera

Se presume que la nacionalidad es una situación previa a la existencia de una nación. A su vez, la nación constituye el resultado de la realización de la nacionalidad. Y el nacionalismo sería una derivación, sentimental a veces, defensiva o agresiva, de la nación respecto de estímulos externos o internos. El Estado moderno clásico es la expresión de la institucionalización de la nación. Habría, entonces una secuencia entre nacionalidad, nación, nacionalismo y Estado moderno. Más aún: se trataría de un proceso de homogeneización y uniformización sobre la base del principio «Una cultura, una nación, un Estado».

1. Nacionalidad, nación, nacionalismo

Nacionalidad

La idea de nacionalidad es, a la vez, histórica y liberadora. Según explicaba Renán en su tiempo, la nacionalidad es un grupo humano que se reconoce a sí mismo como tal, que debe su existencia a sí mismo, no por la gracia de una dinastía real ni por ningún factor determinista; expresa la madurez de un pueblo.

Nación

La definición del concepto de nación es igualmente compleja. Se recurre a la suma de elementos para ensayar una descripción: territorio, linaje, etnia, idioma, tradición, pueblo, cultura, religión, raza, elementos que constituyen características que definen el concepto, pero que también señalan fronteras entre los grupos humanos, dibujando la personalidad que cada pueblo requiere y en que cree distinguirse de otros, frecuentemente no la forma que tiene sino la manera en que quisiera verse a sí mismo.

Nacionalismo

El nacionalismo es un principio político que sostiene que debe haber congruencia entre la unidad nacional y la política. Sentimiento nacionalista es el estado de enojo que suscita la violación de ese principio o el de satisfacción que acompaña su realización. Movimiento nacionalista es aquel que obra impulsado por un sentimiento de este tipo.

El nacionalismo surge, en la práctica, de situaciones en las que comunidades o pueblos distintos reclaman igualdad y justicia a partir de situaciones asimétricas o a partir de

intereses expansionistas en que unos pueblos o unos grupos pretenden dominar a otros pueblos y otros grupos humanos a partir de reclamaciones históricas, reivindicaciones territoriales o argumentos de raza y de sangre.

2. Clases de nacionalismo

Hay varias clases de nacionalismo. Por su signo político, podemos hablar de nacionalismos de derechas y de izquierdas, revolucionarios o reaccionarios.

Por su intensidad, hay nacionalismos extremos y moderados.

Por su origen histórico, existen el nacionalismo romántico y el racional. El nacionalismo germano, romántico, inspirado en el pasado, evocador de mitos, basado en la cultura, excluyente de cualquier elemento supuestamente impuro, se distingue del nacionalismo francés clásico, racional, originado en la Ilustración y la revolución francesa, abierto a cualquiera que acepte los derechos del hombre y del ciudadano, voluntario y basado en el contrato social.

Como decía Voltaire en el *Ensayo sobre el espíritu de las naciones*, desear uno la grandeza de la propia patria es desear daño a sus vecinos.¹

Téngase en cuenta que para delimitar estos conceptos, no se habla de sociedad. Casi podría decirse que, en su estado puro, el nacionalismo separa nación de sociedad y, al hacerlo, ignora los problemas sociales. Es holista y homogeneizador. Ignora al individuo y las distintas comunidades de individuos que la nación alberga. Así como el liberalismo económico ve la sociedad como una externalidad que no tiene nada que ver con reglas económicas que se presumen cuantitativas, objetivas e inexorables, así también el nacionalismo ignora los problemas sociales, aunque pueda que se origine en ellos. Desde Kant hasta Lenin, el liberalismo, el cristianismo, el catolicismo, el anarquismo y el comunismo no han sido nacionalistas sino internacionalistas. Ponen el acento en lo general que debe unir a los seres humanos, no en lo particular que los desune y los opone.

Los nacionalismos no acompañaron a los grandes movimientos utópicos que perseguían la liberación de los seres humanos, sino que fueron portados por los monarcas del siglo XVII que pretendían ser absolutos y las burguesías que lograron la creación de Estados modernos dominados por ellas, a pesar, y a veces en contra, de la Roma católica. Por eso, las monarquías absolutas permitieron y propiciaron la Ilustración en la medida en que, al postular Estados laicos, disminuían el poder ideológico del papado, a pesar de que Voltaire aspiraba también a una humanidad universal. Los progresos de la ciencia parecieron respaldar y justificar la presencia de Estados laicos, que, liberados de

los prejuicios religiosos y dotados de poder terrenal, podían hacer realidad el fin de la pobreza y la injusticia. El nacionalismo reemplazó a la religión en la conciencia de las masas que apoyaron estos Estados modernos.

3. Historia del nacionalismo peruano

En los albores de la independencia, los «amantes del país» estaban preocupados por los recursos de estas tierras, pero lo hacían sobre la base de la aceptación de una situación colonial y a partir de una posición conservadora contraria al republicanismo francés. Más adelante, Juan Pablo Vizcardo y Guzmán pretendía la reivindicación de lo americano dentro de una provincia del imperio español, sintiéndose él mismo español americano. La idea de Vizcardo era la de una comunidad libre con respeto de los españoles peninsulares para los españoles americanos. No podía hablarse todavía de nacionalismo. Los criollos libertadores no eran nacionalistas sino patriotas; no pensaban en la nación sino en la patria.

La idea de Mariano Moreno era la de Latinoamérica como un solo país. Fue también la idea de Bolívar. Y en ella no cabía el nacionalismo, concepto ignorado en América en aquella época, puesto que hubiese sido la traición a los ideales de unión. El triunfo de los caudillismos basados en el regionalismo y el provincialismo fue la derrota de la idea patriótica original de San Martín, Moreno, Monteagudo y Bolívar a manos de los Santander, Gamarra, Riva Agüero, Rivadavia y Portales.

Los actuales países latinoamericanos somos consecuencia del divisionismo y el fraccionamiento, del fracaso del sueño libertador. Nacimos como maniobras de caudillismos pequeños, faltos de horizonte y, por eso, no tenemos raíces culturales como unidades fraccionarias.

Se dice con frecuencia que los fundadores de la república importaron el modelo político francés. Lo que no se dice es que también importaron la idea del Estado nación que había surgido en Europa a partir de las guerras religiosas del siglo XVI y de la paz de Westfalia, y que, como señala Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*, era tan propia de Europa Occidental que no pudo ser aplicada en Europa del Este y fue una de las causas del fracaso de la Sociedad de Naciones después de la primera guerra mundial.²

Los libertadores y sus herederos crearon unidades políticas menores en extensión territorial a las etnias y culturas que los precedieron, porque no se basaron en la configuración cultural precolombina sino en la delimitación política colonial de intendencias y corregimientos. Por otra parte, la secuencia nacionalismo-nación-Estado nación tuvo a la

evolución del capitalismo europeo y sus burguesías correspondientes como sustrato económico. Y en América, especialmente en los países andinos, no hubo ni burguesías ni capitalismo sino régimen de hacienda, esclavitud y servidumbre.

En el Perú, la idea de lo peruano como entidad opuesta a lo extranjero surge con Riva-Agüero, el primer presidente, pero lo hace a partir de concepciones conservadoras hispanistas en que los criollos se sienten más vinculados a la corona que a los pueblos americanos. Los colombianos no agradaban a la aristocracia limeña, que los veía como a invasores. Los aristócratas expulsaron a Bolívar, asesinaron a Monteagudo, temían y despreciaban a los indios. Su nacionalismo, si lo hubiese, era, en realidad, hispanismo. Más adelante, este mismo nacionalismo hispánico-peruano surge contra Santa Cruz para impedir la Confederación Perú-Boliviana, detesta la sierra, y tiene y busca una base criolla y costeña para la dirección del nuevo Estado del Perú. La derrota de Santa Cruz señala el fin de la momentánea hegemonía adquirida por la sierra sobre el Perú en la guerra de la independencia, cuya gravitación política centralista en Lima es reforzada hasta hoy.

Al promediar el siglo XIX, la polémica se establece entre liberales y conservadores, y los grandes temas son la relación entre la república y los indios, la abolición de la esclavitud, la soberanía del pueblo o la soberanía de la inteligencia, el sufragio universal o selectivo, en fin, la posibilidad de instaurar ciudadanía a partir de masas sometidas y analfabetas, incapaces de decidir. Pedro y José Gálvez fueron liberales radicales, no pueden ser definidos como nacionalistas, a pesar de que el segundo murió heroicamente en el combate del 2 de mayo de 1866. Hubo, como afirma Basadre, nacionalismo en los últimos combates contra España en 1866, pero solo a partir de un sector radical y minoritario. El *establishment* de la época apoyaba a Vivanco y estaba por un arreglo amistoso con España. En la guerra con Chile fue la sierra la que resistió. Se puede decir, en un sentido fáctico, que Cáceres fue nacionalista porque combatió al invasor a la cabeza de masas indígenas, pero dejó de serlo apenas estuvo en el poder y, así como Castilla se deshizo de los Gálvez, él se deshizo también de sus mandos combatientes, a quienes exilió o persiguió, dando origen, sin quererlo, a lo que sería el indigenismo del siglo XX (Teodomiro Gutiérrez Cuevas, *Rumi Maqui*).

La denuncia contra las atrocidades cometidas por el ejército de Chile en la guerra de 1879 fue hecha por Manuel González Prada en su famoso *Discurso del Politeama*, y sus artículos *Chile* y *Perú y Chile*, a pesar de su universalismo y anarquismo.³ González Prada fue mucho más duro en señalar los defectos del Perú que con respecto a Chile. Y fue un liberal, universalista y anarquista, no se definió como un nacionalista.

La guerra con Chile generó pánico, dolor, traiciones, protestas y lamentaciones por la derrota, inculpaciones, no nacionalismo. Y desde luego, a partir de la guerra con Chile, hay un antichilenismo que se extiende al ejército y a las clases populares.

Al finalizar el siglo XIX, el pensamiento político de los positivistas estuvo preocupado por la modernización y la civilización, por resolver la contradicción entre civilización y barbarie, por cómo controlar un inmenso y difícil territorio despoblado y habitado por una raza a la que se veía como degenerada. El grupo de la *Revista de Lima* era internacionalista en la medida en que propugnaba la modernización del país y la inmigración extranjera.

Entonces, ¿no existía nacionalismo? Sí como un complejo sentimiento nacional, no como pensamiento coherente y orgánico. El nacionalismo y el americanismo fluyeron al mismo tiempo en los poemas de José Santos Chocano *La epopeya del morro* (1899) y *Ayacucho y los Andes* (1920). Un nacionalismo ilustrado, afrancesado y cosmopolita estuvo detrás de las preguntas iniciales de Francisco García Calderón en su libro clásico *El Perú contemporáneo* (1901): ¿qué somos? ¿de dónde venimos? ¿adónde vamos? Hubo nacionalismo en *El carácter de la literatura del Perú independiente* (1905), *La historia en el Perú* (1910) y *Paisajes peruanos* (1912), de José de la Riva Agüero, uno de los primeros críticos de la oligarquía a la que él mismo perteneció. Hubo nacionalismo en el diario civilista *La Opinión Nacional*, de Andrés Avelino Aramburú, diario publicado desde la guerra con Chile y hasta el fin del siglo XIX, cuyo lema era «Nadie tiene razón contra el Perú». Fue nacionalista la toma de Leticia por un grupo de loreanos en 1932, respaldada después por toda la población amazónica. También lo hubo en la longeva revista *Mercurio Peruano*, de Víctor Andrés Belaúnde. El sentimiento nacionalista fue usado por Sánchez Cerro contra Colombia, por Prado contra Ecuador, y siempre estuvo a la mano como último recurso de los dictadores militares y civiles. Hubo nacionalismo en el Riva Agüero posterior a su «profesión de fe y confesión de errores»,⁴ en Óscar Miró Quesada, Rómulo Ferrero y otros integrantes del fascismo peruano de la década de 1930⁵ cuando se pronunciaban tanto contra «la extranjerización yancófila» como contra «la barbarie comunista».⁶ También lo hubo en la Unión Revolucionaria de Luis A. Flores, cuando discrepaba del «principio disolvente de la lucha de clases y se oponía a los derrotismos».⁷ Sánchez Cerro, Luis A. Flores y su Unión Revolucionaria fueron nacionalistas en la medida en que la oligarquía de su época simpatizaba abiertamente con el nazismo y el fascismo. Fue, entre otras cosas, en nombre del nacionalismo y el orden que se persiguió a los apristas y comunistas y se introdujo en la Constitución de 1933 el artículo 53, que prohibía las organizaciones políticas internacionales. Fue en nombre del nacionalismo que fueron saqueadas las propiedades de los alemanes y japoneses en 1941, pero

los mismos grupos que lo hicieron o instaron a hacerlo estuvieron a favor del franquismo español y el fascismo italiano. Este nacionalismo era reaccionario, dictatorial y racista.

Hubo rasgos nacionalistas en el primer aprismo de 1931, cuando Manuel Seoane decía que el aprismo «se dirige a la captura del Estado para convertirlo en Estado de defensa frente al gran capitalismo imperial y para ayudar a la masa productora en una obra de progreso que haga el bien de la nacionalidad».⁸ O cuando Haya de la Torre postulaba la nacionalización de la tierra y la industria. Pero el advenimiento del pensamiento aprista y socialista con Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui no significó una posición que pueda ser caracterizada como nacionalista. Mariátegui fue marxista, socialista y antiimperialista, no nacionalista. Haya de la Torre propugnó la unidad latinoamericana y el antiimperialismo y repudió el comunismo reprochándole ser extraño a Latinoamérica. Si se quiere, fue un nacionalista continental en su fase antiimperialista, que abandonaría pocos años después. Mariátegui dedica sus *7 ensayos* y sus tesis políticas al problema de las razas, pero no vincula el tema con la construcción de una nación, porque estaba influido por el debate entre socialdemócratas y bolcheviques leninistas, debate en el cual los últimos enfatizaban la calidad internacional de la revolución social oponiéndola a los nacionalismos burgueses de su tiempo, que habían explotado trágicamente en la primera guerra mundial. En su artículo «Nacionalismo e internacionalismo»,⁹ afirma que «las inteligencias envejecidas, mecanizadas en la contemplación de la antigua perspectiva nacional, no saben distinguir la nueva, la vasta, la compleja perspectiva internacional [...] el nacionalismo es una faz, un lado del extenso fenómeno reaccionario».

En su polémica con Haya de la Torre, quien afirmaba «Somos de izquierda (o socialistas) porque somos antiimperialistas», Mariátegui también recelaba de cualquier nacionalismo continental que no incluyese la solución de los problemas sociales de América Latina, y respondía: «El anti-imperialismo, para nosotros, no constituye ni puede constituir, por sí solo, un programa político, un movimiento de masas apto para la conquista del poder. El anti-imperialismo [...] no anula el antagonismo entre las clases, no suprime su diferencia de intereses».¹⁰

4. Velasco

Con Velasco viene el momento del proyecto nacional, la planificación, el encaminamiento del país hacia objetivos nacionales a través del desarrollo planificado, pero, aunque surge como un resultado de la reacción nacional contra una empresa extranjera, la International Petroleum Company, el proceso revolucionario conducido por Juan Velasco Alvarado y la Fuerza Armada se hace en nombre de la transformación de las estructuras, no de un nacionalismo a secas. Políticamente, el proceso revolucionario de

1968-1975 no se define como nacionalista sino como no capitalista y no comunista. Y cuando se ve precisado a identificarse positivamente, proclama ser una revolución humanista, socialista y libertaria.

«Alguien dijo que ‘el Perú no es nación sino un territorio habitado’; y algún otro afirmó que ‘nuestra república se reduce a una simple denominación geográfica’. En lo primero cabe, por ahora, una buena dosis de verdad. Si el Perú blasona de constituir nación, debe manifestar dónde se hallan sus ciudadanos, los elementos esenciales de toda nacionalidad. Ciudadano quiere decir hombre libre; y aquí vegetan rebaños de siervos. Si a las agrupaciones humanas se las juzga por los jefes que se dan o toleran, mereceríamos llamarnos un campamento de beduínos, una feria de gitanos o una ranchería de pieles rojas». La frase es de Manuel González Prada.¹¹

5. Los problemas

Perú: ¿no una sino varias naciones?

Siendo el Perú un país y un Estado, ¿es una nación? Se responderá que el Perú no es, desde luego, una nación sino una suma de... ¿nacionalidades? ¿naciones? ¿etnias? ¿culturas? ¿razas? Reconocernos como un conglomerado de nacionalidades nos puede desunir, pero no hacerlo contribuye a mantener la opresión y la discriminación de las culturas indígenas por la cultura criolla dominante. Pretender que somos una sola nación es falso, porque no somos homogéneos y tampoco tendríamos que serlo. Hay cierto consenso en las elites intelectuales a favor de una sociedad multiétnica y multicultural, pero eso no se refleja en la organización del Estado.

Están los grandes mitos o estereotipos del pasado, antiquísimas culturas que nos legaron su arte. Una sociedad incaica que se supone imperial, justa y culturalmente avanzada; una civilización, la civilización andina. Una colonia en la que se dice que fuimos el centro de Sudamérica. Luchas por la independencia en las que tuvimos participación secundaria y dudosa. Y muchos héroes de batallas perdidas en la República. Hasta hace poco, nuestros aprendices de oficiales gritaban en el rompanfilas de las escuelas de guerra: «¡Viva el Perú! ¡Muera Chile!». La sensación de una ilusión frustrada o de muchas tareas por cumplir que nos abruman o el hecho de ser herederos de un pasado glorioso dependen de cómo se miren las cosas. Todo eso es lo que podríamos llamar el gran mito nacional. Un entrecruzamiento de gloria y derrota, de vergüenza y dolor, un problema no solucionado de autoestima y muchas tareas por cumplir. Hay un cierto nacionalismo elemental detrás de determinados símbolos que se comparten en el mundo cotidiano: el pasado incaico, el pasado virreinal, el pisco, la riqueza natural del Perú, la cocina criolla, el recuerdo de las hazañas de la selección peruana que llegó al campeonato

mundial de fútbol allá por los ochenta, los vales de Chabuca Granda, el carácter emblemático de ciertas personalidades peruanas conocidas internacionalmente, a todo lo cual se asimila y hasta se reivindica como parte del patrimonio nacional para poder decir como el vals: *Tengo el orgullo de ser peruano y soy feliz*. Gonzalo Portocarrero afirma que existe un nacionalismo, que él llama «tradicional», consistente en «sacralizar las fronteras geográficas, fomentar un culto a la patria entendida como algo diferente y superior a los hombres y, por último, en entender el progreso como una homogeneización cultural que nos acercaría cada vez más al modelo representado por las sociedades desarrolladas».¹² Sentimos que el territorio que habitamos es menor que el original que procedería del imperio incaico y el Virreinato. La identidad territorial procedente del imperio y el Virreinato nos sobrepasa porque vemos que perdimos con la República. Admiramos a los incas, pero no nos hemos definido respecto de sus descendientes, a quienes nunca hemos considerado realmente nacionales y compatriotas sino habitantes de segunda clase. En lo étnico, estamos en un proceso de mezcla que no termina, que sobrepasa el mestizaje y es mucho más complejo. Lo cholo sigue siendo algo indefinido e indefinible. No hay continuidad en nuestro pasado, aquella continuidad que necesitan las naciones para convertirse en Estados.

Individualidad y universalidad

Los sentimientos nacionalistas han sido usados y manipulados de acuerdo con las conveniencias de distintos grupos económicos y políticos. Existen como rasgos dentro de distintos enfoques, pero no como una actitud ni como una conciencia integral. No tendrían por qué existir, además, en un país sin nación. En un país como el Perú, el nacionalismo no tiene sentido si no va acompañado de profundas reformas en nuestra estructura social, económica y política. No vale por sí solo sino por su contenido.

En realidad, lo que necesitaríamos es lo que pedía Fichte para Alemania. Una nación abierta a todos los que quieran venir... siempre que cumplan con los deberes del Estado y sean ciudadanos virtuosos. Sobran aquellos que no quieren cumplir con los demás. Esto implica voluntad y solidaridad. Una población diversa debe hacer de la diversidad y de la libertad su identidad. El pasado solo puede servirle como referencia, pero no como orientación al futuro. El señalamiento de la opresión extranjera no debería servir para evadir la responsabilidad propia. La ausencia de homogeneidad nacional no debería servir para eludir la responsabilidad para con los demás miembros de la sociedad. La existencia misma de la sociedad no debería servir de pretexto para eludir la responsabilidad individual y la plena libertad individual dentro de la responsabilidad social. Es la responsabilidad ciudadana y la virtud cívica en vez de los mitos del pasado aquello que debería servirnos para construir una sociedad libre, justa y próspera.

Notas

- ¹ Citado en Gil Delannoi y Pierre-André Taguieff. *Teorías del nacionalismo*. Barcelona: Paidós, 1993, p. 20.
- ² En *Los orígenes del totalitarismo*, Hannah Arendt analiza lo que llama «la decadencia de los Estados nación» a partir de la formación artificial de Estados que fueron puestos bajo la administración de la Sociedad de Naciones después de la primera guerra mundial.
- ³ «Nada tan hermoso como derribar fronteras y destruir el sentimiento egoísta de las nacionalidades para hacer de la Tierra un solo pueblo y de la Humanidad una sola familia. Todos los espíritus elevados y generosos converjen hoy al cosmopolitismo, todos repetirían con Schopenhauer que ‘el patriotismo es la pasión de los necios y la más necia de todas las pasiones’. Pero, mientras llega la hora de la paz universal, mientras vivimos en una comarca de corderos y lobos, hai que andar prevenidos para mostrarse corderos con el cordero y lobos con el lobo». Manuel González Prada. «Perú y Chile». *Obras*, tomo I, volumen I, p. 98.
- ⁴ Famoso texto leído por José de la Riva Agüero en el Colegio de La Recoleta el 24 de setiembre de 1932.
- ⁵ Véase la recopilación de textos del fascismo peruano hecha por José Ignacio López Soria en *El pensamiento fascista*. Lima: Mosca Azul, 1981.
- ⁶ José de la Riva Agüero. «Religión y peruanismo». El texto íntegro de este discurso está en José Ignacio López Soria. *Ob. cit.*, p. 64.
- ⁷ Mensaje de Luis A. Flores, 8 de diciembre de 1933.
- ⁸ Jorge Basadre. *Historia de la República del Perú, 1822-1933*, tomo X, Lima, 1983, p. 162.
- ⁹ Publicado en *Mundial*, Lima, 10 de octubre de 1924. Compilado en *El alma matinal y otras estaciones del mundo de hoy*. Lima: Amauta, 1981.
- ¹⁰ José Carlos Mariátegui. *Punto de vista anti-imperialista*. Tesis presentada a la primera Conferencia Comunista Latinoamericana. Buenos Aires, junio de 1929.
- ¹¹ Manuel González Prada. «El núcleo purulento». *Obras*, tomo I, volumen 2, Lima: Copé, 1985, p. 457.
- ¹² Gonzalo Portocarrero. «Nacionalismo peruano: entre la crisis y la posibilidad». *Márgenes* 2, 3, junio de 1988, pp. 13-45.

Bibliografía

- Arendt, Hannah. *Orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus, 1998.
- Basadre, Jorge. *Historia de la República del Perú, 1822-1933*, tomo X, 1983.
- Delannoi, Gil y Pierre-André Taguieff. *Teorías del nacionalismo*. Barcelona: Paidós, 1993.
- González Prada, Manuel. «Perú y Chile». *Obras*, tomo I, volumen I. Lima: Copé, 1985.
_____. «El núcleo purulento». *Obras*, tomo I, volumen 2. Lima: Copé, 1985.
- López Soria, José Ignacio. *El pensamiento fascista*. Lima: Mosca Azul, 1981.
- Mariátegui, José Carlos. «Nacionalismo e internacionalismo». En *El alma matinal y otras estaciones del mundo de hoy*. Lima: Amauta, 1981. Inicialmente publicado en *Mundial*, Lima, 10 de octubre de 1924.
_____. *Punto de vista anti-imperialista*. Tesis presentada a la primera Conferencia Comunista Latinoamericana. Buenos Aires, junio de 1929.
- Portocarrero, Gonzalo. «Nacionalismo peruano: entre la crisis y la posibilidad». *Márgenes* 2, 3, junio de 1988, pp. 13-45.

Acerca del nacionalismo de Ollanta

Carlos Tapia García

El tema de los nacionalismos en el Perú tiene una significación particular para el escenario político actual, aunque se trata de un tópico recurrente en la historia del país y en la mayoría de los países de América Latina. Lo que está sucediendo con la aparición del liderazgo de Ollanta Humala nos hace recordar que el *Manifiesto comunista* se inició con la frase «Un fantasma recorre Europa». En nuestro país, un fantasma empezó a recorrer el territorio nacional desde noviembre del año 2005. Ese fantasma era Ollanta Humala. Cuando se leen los periódicos, las carátulas y los escritos, es Ollanta quien aparece enarbolando la tesis del nacionalismo, un nacionalismo que para muchos, erróneamente, se relaciona con militarismo, autarquía económica y arcaísmo político.

Recuerdo algunas entrevistas, a páginas completas, de Julio Cotler, antes de las últimas elecciones presidenciales, afirmando que el fascismo nos tocaba las puertas con Humala; señalando que al votar, había que escoger entre fascismo y democracia. También los artículos de Gustavo Gorriti y otros calificados gestores de la opinión pública. Así, la sociedad peruana se polarizó y se terminó satanizando, calumniando y descalificando el discurso de Ollanta, que planteaba reencontrarnos con muchas de nuestras raíces, afirmar la defensa de nuestros recursos naturales, poner impuestos a las sobreganancias mineras, etcétera, y, en realidad, no tenía por qué haber generado tanto temor. A nuestro entender, fueron dos las causas que explican lo último: en primer lugar, por primera vez desde el inicio de la aplicación del modelo neoliberal a comienzos de la década de 1990, hubo quien se atrevía a cuestionarlo abiertamente y contando con el apoyo de las masas. Y en segundo lugar, porque a pesar de ser un discurso en campaña electoral, a Ollanta se le creyó: los de abajo le creyeron, pero también le creyeron los de arriba, y de ahí nació su temor. Y los de arriba, creyéndole, le dijeron que él nunca entraría a la presidencia. Así, el proyecto nacionalista de Ollanta Humala es el nacionalismo que está presente hoy en nuestro país y, por eso, antes de tratar de explicarlo, solo me voy a referir brevemente al nacionalismo militar de la década de 1970, encarnado por Velasco Alvarado, antes de pasar a detallar las características centrales del nacionalismo democrático representado por Ollanta.

1. El nacionalismo velasquista

Los intelectuales que se plegaron al régimen militar velasquista, y que fueron los responsables de dar el contenido ideológico a sus documentos y los discursos de sus principales representantes, consideraban que el carácter del gobierno de Juan Velasco Alvarado se podía resumir con la frase «Ni capitalismo ni comunismo», y añadían que el camino inaugurado era el del «socialismo de participación plena». Eso está bien para la teoría. Lo que hubo, en la realidad, fue un nacionalismo estatizante, antiimperialista, como se hizo evidente cuando fueron afectadas las inversiones norteamericanas.

Antes, desde la izquierda, existía una polémica respecto de la caracterización del régimen militar instaurado a partir de 1968. Un sector lo calificaba de «reformista burgués», queriéndole atribuir principalmente la representación de los intereses de los empresarios nacionales; otro, de gobierno nacionalista y antiimperialista; y hasta un tercero, de «corporativista» y hasta fascista. Y desde la derecha, simplemente como una «dictadura militar» más. Con el transcurrir del tiempo, cualquier evaluación del velasquismo no puede dejar de reconocer las profundas transformaciones realizadas en los ámbitos de la economía, la política y la sociedad.

Tan cierto es lo anterior que la mayoría de los analistas consideran que el país era uno antes de Velasco y otro después. En realidad, lo perdurable del velasquismo tiene que ver con el empeño de inclusión social, la desarticulación del poder oligárquico asentado en el sector agroexportador y financiero, así como la liberación del campesinado de la sierra al expropiarse los latifundios de corte semifeudal. Y la recuperación del sentido de patria digna al atreverse a romper las dependencias con el imperialismo. El proyecto social concreto, más allá de lo que dijeran los intelectuales del régimen, fue un programa que permitió iniciar el camino de la ciudadanía para los millones de campesinos quechuas y aimaras, históricamente sojuzgados por los terratenientes de la sierra. Todo ello no tenía nada que ver con el comunismo ni con el socialismo llamado de «participación plena». No es que el mercado se aboliera y que se planteara una economía centralmente planificada, no es que se aboliera la propiedad privada. Esas eran elucubraciones fantasiosas de cierta intelectualidad, pues lo que hubo, en concreto, fue nacionalismo y antiimperialismo de corte estatista. El proyecto, sin embargo, constituyó un paso progresista a favor de la incorporación a la ciudadanía de vastos sectores excluidos del interior del país, aunque, ciertamente, todo golpe militar es negativo. Pero, mirándolo en un horizonte histórico, se puede entender el régimen velasquista como una propuesta progresista en relación con las dictaduras militares que por entonces se desarrollaban en el Cono Sur del continente. A nuestro entender, fue la reforma agraria de Velasco la que caracterizó el aliento central de todas sus reformas. Muchos consideran que el agro

está en crisis por culpa de la reforma agraria de Velasco, pero si no hubiera existido dicha reforma, Sendero Luminoso probablemente habría tenido la excusa para «incendiar la pradera». Es verdad que la reforma agraria no resolvió el problema económico en el agro (a ver quién lo resuelve), pero sí las contradicciones existentes en el agro en ese momento. En realidad, al acabar con la clase de los terratenientes serranos y con la explotación servil del campesinado, se dejó sin piso la estrategia armada del senderismo en el campo. Ese fue un aporte muy importante del gobierno velasquista.

2. El nacionalismo democrático de Ollanta

Surgimiento y características

Antes de abordar cuál es la propuesta del proyecto político del nacionalismo democrático, quiero hacer una reflexión. Nadie puede negar que el líder de este proyecto político y el que ha logrado ponerlo en la agenda nacional es el comandante Ollanta Humala.

También es el que ha sabido hacer renacer la esperanza por el cambio en los sectores más abandonados, los que viven en el interior del país. Es un liderazgo que supera largamente los límites del propio Partido Nacionalista Peruano; el liderazgo de Ollanta lo desborda. El proyecto es superior al partido. Como prueba de lo anterior, bastaría recordar que en las elecciones presidenciales del 2006, Ollanta Humala ganó en la primera vuelta en 16 regiones y en la segunda obtuvo 6.400.000 votos. En cambio, apenas cinco meses después y a pesar del apoyo personal de Ollanta a los candidatos del Partido Nacionalista para los municipios y regiones, no se logró ganar ningún gobierno regional. Esto quiere decir que la gente que votó por Ollanta, y por las tesis que él defendía, no votó por los candidatos del Partido Nacionalista para el gobierno regional, haciéndolo mayoritariamente por candidatos de movimientos regionales cuyos militantes, en cambio, sí votaron por la candidatura de Ollanta. Sin ánimo de justificación, habría que señalar que el Partido Nacionalista apenas estaba haciendo sus pininos políticos, y que ahora, en un esfuerzo significativo, viene potenciando su organización. Me he extendido en este tema porque considero que esta experiencia debe ser tomada en cuenta no solo para las próximas elecciones sino para comprender la legitimidad de la propuesta del nacionalismo, que, en sus aspectos básicos, empieza a ser aceptada por todos los que quieren un verdadero cambio en el país.

Otro aspecto que se debe resaltar tiene que ver con la subordinación de lo teórico-ideológico de la propuesta nacionalista a lo político-social, lo que tiene aspectos positivos, pero muestra carencias necesarias de solucionar. El nacionalismo de Ollanta no nace de las universidades ni de la discusión intelectual (ausencia lamentable), sino del liderazgo

de un joven militar retirado que, en gesto audaz, se lanza como candidato a la presidencia, sin organización partidaria, sin la legalidad correspondiente y sin un plan coherente de gobierno. Pero, desde un inicio, captó las simpatías y la imaginación de vastos sectores populares. Su mensaje, claro y directo —defensa de los recursos naturales, fortalecer el Estado, democracia participativa, asamblea constituyente, etcétera—, ganó la mente y los corazones de los millones de peruanos decepcionados de la actual situación, pero que recusaban el camino de la violencia como método de lucha para cambiarla.

Después de las elecciones del 2006, el naciente proyecto nacionalista tuvo que sobrevivir a una despiadada campaña en su contra que buscaba desaparecerlo de la escena nacional. La derecha política, contando con el viraje del APRA y los poderes fácticos, desplegó todo su arsenal mediático con ese objetivo. El propio presidente, antes de juramentar el cargo, felicitaba a los congresistas tránsfugas del nacionalismo y auguraba un fin cercano al proyecto político de Ollanta.

Las transnacionales y sus socios nativos exigían a sus aliados del gobierno y la derecha que se les garantizase que nunca más iban a pasar otro susto como el de la segunda vuelta electoral de junio del 2006. Como la figura de Chávez fue exitosamente utilizada en la campaña para querer presentar a Ollanta como su títere, así como lo fue la posición violentista de su hermano Antauro, que le sirvió a la derecha para hablar de «los Humala», dichos sectores continuaron con esa campaña, pero, poco a poco, la población fue abriendo los ojos y descubriendo la estratagema de la derecha.

Así, pues, superada la mitad del gobierno alanista, se puede decir que el proyecto nacionalista no solo sobrevivió, sino que, superando las dificultades propias de la inexperiencia, ha logrado mantenerse vivo en el afecto popular, participar de sus luchas y legitimar su presencia política nacional para convertirse en una real alternativa de gobierno para el 2011.

Por todo lo anterior, afirmamos que nuestro proyecto nacionalista no solo se ha fortalecido con un conjunto de nuevas ideas y planteamientos, sino que viene articulando una visión y estrategia acerca de cómo construir una fuerza social y política capaz de llevar a la práctica los planteamientos del nacionalismo. Ollanta Humala es un dirigente político porque tiene como meta construir la fuerza social a partir de las ideas necesarias para transformar el país.

Por último, es verdad que existen muchos tipos de nacionalismo, así como hay diversos socialismos y variadas corrientes dentro del pensamiento socialcristiano. Para muchos, el término *nacionalista* «ya fue». Nos dicen que su vigencia se ubica en la primera mitad

del siglo pasado y que, fundamentalmente, habría tenido validez en los proyectos de independencia política del régimen colonial clásico. También, que, particularmente en Europa, hablar de nacionalismo supone referirse al pasado y a las posiciones más conservadoras y autoritarias. Es verdad, tenemos nacionalismos fascistas, nacionalismos imperialistas, nacionalismos fundamentalistas. Por ejemplo, la guerra interna sufrida en la ex Yugoslavia entre los croatas, bosnios y serbios encarna un nacionalismo étnico, racista y fundamentalista.

Propuesta

En la época de la globalización, en América Latina y en nuestro país, está surgiendo un indispensable nacionalismo democrático y popular. Democrático, por sus objetivos de transformación de la sociedad y por los métodos que utiliza; popular, por su fundamento de defensa de los intereses de las mayorías. Así, nuestro programa político busca la gran transformación del país sobre la base de la construcción de dos factores indispensables: 1) conseguir la mayoría electoral, es decir, queremos llegar al poder mediante una legítima victoria electoral; por eso, nos hemos organizado respetando escrupulosamente la legalidad y acorde a lo que manda la ley de partidos políticos; 2) construir la fuerza social que permita contar con una organización centralizada de los movimientos sociales para que sea posible una verdadera democracia participativa que garantice que las transformaciones planteadas se lleven a la realidad.

Ese es el nacionalismo que nosotros reivindicamos. No postulamos un nacionalismo que busque transgredir el Estado de Derecho. Por el contrario, nos regimos bajo las pautas de este, construimos un proyecto dentro de él, y zanjamos con todas las posiciones violentistas y extremistas que enarbolan los supuestos nacionalismos exclusivamente étnicos, pasadistas y que apuestan por el desorden y el «ajuste de cuentas».

El nacionalismo democrático y con fundamento en las mayorías surge en una circunstancia particular en el país, cuando en el Perú convergen una democracia oligárquica y un modelo económico socialmente excluyente. Hablamos de una democracia oligárquica porque aunque observamos un régimen democrático en lo formal, en donde se supone que todos somos ciudadanos con los mismos derechos y deberes, sin embargo, en la realidad, las pautas democráticas funcionan efectivamente solo para los ricos y poderosos, y los poderes fácticos gozan de todo tipo de privilegios.

De otro lado, afirmamos que el modelo económico es socialmente excluyente. Nos referimos a la verdad conocida de que el mercado a la vez que favorece la enorme fuerza progresista de la competencia, permanentemente va generando desigualdad; y en países

como el nuestro existe una desigualdad aún mayor, la que se origina con los sectores que todavía no están integrados al mercado. Baste decir que somos uno de los países con mayor desigualdad, en la región más desigual del mundo. Todos sabemos que la sociedad moderna supone la existencia de desigualdades de ingresos entre sus habitantes, pero donde todos han tenido más o menos las mismas oportunidades para conseguir una vida digna.

De ahí que las desigualdades existentes deben ser socialmente aceptadas para que el régimen democrático funcione; es decir, tienen que ser aceptadas por «los de abajo», porque en el momento en que los de abajo ya no las aceptan, patean el tablero y no respetan las reglas democráticas ni tampoco las del mercado. Así, tenemos una sociedad con desigualdades tan grandes que los de abajo no aceptan la situación imperante, toman la carretera y exigen lo que consideran justo. Por ejemplo, los productores de papa de Andahuaylas no están de acuerdo con el precio de la papa en chacra que «el mercado» les asigna, 10 céntimos por kilo, debajo de su costo de producción. Entonces, los campesinos toman la carretera (ilegalidad), lo que les permite negociar con el Estado, en concreto con el Programa Nacional de Asistencia Alimentaria (Pronaa) y logran que se les compre la papa a 30 céntimos el kilo.

¿Qué propone el proyecto nacionalista democrático? Este proyecto propone lo siguiente: en primer lugar, un Estado fuerte. Esta época de la globalización neoliberal requiere de un *Estado fuerte*, y esto no equivale a un Estado grande. Estamos hablando de un Estado que aborde dos tipos de funciones principales: 1) la promoción y regulación del mercado con el objetivo de que el tipo de crecimiento de la economía no sea contrario a las necesidades del desarrollo del país y de la seguridad nacional; 2) que tenga presencia en todo nuestro territorio, que esté al servicio de los que más lo necesitan., particularmente en el interior del país. Al interior del país el Estado llega de cinco maneras: con educación, salud, seguridad, justicia e infraestructura.

En el campo de la salud, el Estado peruano apenas si llega, en justicia llega mal, la seguridad es escasa, la educación es escasa y de mala calidad también. Lo mismo podemos decir de la infraestructura y los servicios. Entonces, este Estado no es el que requerimos para encaminarnos hacia el desarrollo y menos convertirnos en una sociedad en la que todos los peruanos tengamos las mismas posibilidades para conseguir una vida digna.

Por lo tanto, requerimos un Estado fuerte. Nosotros describimos este proceso como una *nacionalización del Estado*, porque el actual Estado está privatizado, se encuentra al servicio de los poderosos. ¿Quiénes son los que están contentos con la manera como funciona

este Estado? Ciertamente, los poderosos de siempre. Me pregunto si un campesino de la comunidad de Uchuraccay estará también contento. Es que este Estado es el que los ricos necesitan.

En segundo lugar, necesitamos una *democracia para todos*. En realidad, solo cada vez que hay elecciones para elegir a un nuevo presidente es que el pueblo, de alguna manera, se siente partícipe del régimen democrático. La mayoría no le ve utilidad a la democracia, no la siente como suya. En los últimos tiempos, a partir de la existencia de los gobiernos regionales y de los mayores recursos y atribuciones de estos, empieza a crecer el interés en la política local. Pero ahí, justamente, se aprecia la poca legitimidad de los llamados partidos «nacionales». Y, como se sabe, el régimen democrático se basa en dos pilares: la existencia de un sistema de partidos y el funcionamiento eficiente del Congreso. Solo bastaría leer las encuestas de aprobación de estos dos pilares de la democracia para darnos cuenta de la fragilidad y poca legitimidad del régimen político.

Requerimos, pues, reformar profundamente el funcionamiento de estas dos instituciones. Ahí unas propuestas básicas: verdadera democracia interna partidaria, elecciones asesoradas por la Oficina Nacional de Procesos Electorales (ONPE), eliminación del voto preferencial, revocatoria del presidente y congresistas. El dueño de la curul parlamentaria es el pueblo y el partido es el que garantiza que el congresista va a ser leal con su promesa electoral, vacancia de los tráfugas. También, representación de las minorías étnicas. Mayores exigencias a los movimientos políticos regionales, obligación de mantener locales permanentes en todas las organizaciones políticas.

En tercer lugar, postulamos *una economía nacional de mercado*, alternativa al neoliberalismo económico; por lo tanto, capaz de ser funcional a un proyecto nacional de desarrollo. Este es un tema decisivo para diferenciar los proyectos políticos y de gobierno. Nunca el mercado, por sí solo, ha sido el que haya prefigurado el desarrollo de un país. En primer lugar, porque no le compete; el crecimiento económico no necesariamente conduce al desarrollo. El desarrollo de un país tiene que ver con objetivos nacionales, metas y voluntad política para alcanzarlos. Ahora, con la globalización, el problema sigue siendo el mismo: el hecho de que las economías de los países cada vez son más «abiertas» al mercado mundial y que los tratados de libre comercio (TLC) se nos presentan siempre como una panacea. Ello tiene que ver con el tema de qué proyecto nacional de desarrollo queremos y del modelo económico útil para alcanzarlo.

La historia de todos los países desarrollados y los actuales países emergentes demuestra la validez de lo anterior. En ningún caso un país ha logrado su desarrollo por la simple

actuación del «libre mercado». Siempre se han aprovechado las ventajas del mercado, pero con prioridades sectoriales que permitan construir la dinámica económica de un país detrás de ciertas metas y objetivos, expresión de la voluntad política de las mayorías.

Un proyecto nacional de desarrollo supone una concepción determinada de cómo los mercados deben articularse en función de objetivos y metas; para eso, las políticas públicas, principalmente en el área económica, requieren armonizarse con lo que busca dicho proyecto. De ahí que la regulación de los mercados y la actividad promotora del Estado en la economía sean aspectos sustanciales por tomar en cuenta. En las actuales condiciones de la economía global, no estamos de acuerdo con restringir a la subsidiaridad la actividad económica del Estado; por el contrario, consideramos que en determinados sectores estratégicos (no estamos hablando de empresas), el Estado no solo tiene el derecho sino el deber de participar en la actividad económica, más aún cuando se trate de áreas económicas y de servicios que comprometan la defensa nacional.

Estamos en la época de la integración económica y el despliegue de la economía mundial. Queremos una economía que se construya sobre la base de la integración de nuestro país con la economía mundial, pero también, y principalmente, queremos que este proceso favorezca la integración de nuestros mercados internos. Este es el camino para empezar a superar todos nuestros males, ya que lo que nos falta son industrias en el interior del país; como dice Javier Iguíñiz, teniendo en cuenta la dificultad que presenta nuestro territorio, de lo que se trata es de «transformar en vez de transportar». Sostenemos, por eso, que queremos la integración «desde dentro pero mirando hacia fuera», tal como Hernando de Soto lo planteó cuando se refirió al TLC hacia adentro. No queremos una articulación económica desde afuera beneficiando enclaves de la economía exportadora o las grandes empresas importadoras.

En cuarto lugar, somos un país multicultural y multiétnico. Sin embargo, pareciera que con la formal ciudadanía alcanzada se hubiera querido borrar nuestro complejo origen. *Necesitamos construir la Nación* en la que los quechuas, los aimaras, las minorías amazónicas, etcétera, se sientan parte de una misma identidad nacional, respetando sus costumbres, idioma y valores culturales. Esto no es solo un problema no zanjado con nuestro pasado, también tiene que ver —y mucho— con lo que sucede todos los días. Ya la Comisión de la Verdad y Reconciliación describió muy bien cómo durante la terrible tragedia de la década de 1980, recién la clase media limeña tomó conciencia de la gravedad de lo que sucedía cuando explotó el coche bomba de Tarata. En cambio, los nombres de Uchuraccay, Accomarca, Putis, Llochegua, Cayara, etcétera, localidades donde se habían producido terribles masacres, eran presentados como zonas pertenecientes a


otro mundo, atrasado, distante y donde habitaban lugareños vestidos de manera extraña y que se comunicaban mediante un lenguaje desconocido.

También la prensa, sin recato alguno, mostraba las fotografías de los cadáveres de hombres, mujeres y niños, víctimas de la violencia en estas alejadas comunidades, algunos mutilados terriblemente. En cambio, lo mismos medios se cuidaron mucho de alentar el morbo con las víctimas de la calle Tarata del distrito de Miraflores.

El racismo abierto todavía sobrevive y el encubierto es pan de cada día. La exclusión social y la marginalidad económica son los dos lados de la misma moneda. Es difícil que un profesional con un español hablado con dejo de la serranía, con la misma calificación profesional que otro costeño, pueda ser seleccionado para cubrir una misma plaza vacante.

Muchas críticas llegaron al Partido Nacionalista por haber llevado a Hilaria Supa y María Sumire al parlamento. Ustedes recordarán el tratamiento disminuido a que fueron sometidas estas congresistas, no solo por querer expresarse en su lengua materna sino también por el uso de sus trajes tradicionales. Algo se ha avanzado. Por ejemplo, si ahora ustedes llaman por teléfono al Congreso, les contestan en quechua gracias a las acciones emprendidas por estas congresistas. Somos un país que tiene millones de peruanos con culturas provincianas, hablantes de quechua, de aimara, etcétera, pero esos componentes culturales no han sido incorporados en nuestra identidad nacional, y es muy importante lograrlo si queremos integrarnos como país en la globalización en curso.

Por último, planteamos que nuestra incorporación al mundo globalizado no solo debe defender los intereses del país sino también resguardar los comunes intereses que nos plantea el reto de la *integración sudamericana*. Esta época del avance de la economía, el derecho y la cultura mundiales, a su vez, va acompañada de la constitución de bloques de países y de la creación de espacios regionales. No hay que ser ingenuos. Estos bloques y regiones tenderán a expresar, a la larga, correlaciones políticas de nuevo tipo, propias de la época de la globalización. Ya Brasil, novena potencia económica del mundo, ha planteado la necesidad de formar el Consejo Regional de Seguridad para los países de Sudamérica; antes, ya la Venezuela de Chávez ha propuesto un ambicioso plan de despliegue compartido de recursos para el desarrollo regional: Banco del Sur, oleoducto y gaseoducto sudamericanos, Telesur, etcétera. Nosotros estamos en una encrucijada; de ser los auspiciadores de la Comunidad Andina de Naciones (CAN) en la década de 1960 y sin haber conseguido los avances integracionistas que los tiempos exigían, ahora, ante el acoso neoliberal internacional, nos hemos visto envueltos en una alianza Perú-



Colombia que pone por delante de todo la firma de TLC aunque sea al costo de debilitar más aun la CAN. De otro lado, también el Mercado Común del Sur (Mercosur) atraviesa por problemas debido a la tensión externa propia de la actual época. Así las cosas, nosotros consideramos que hay que continuar batallando por la integración sudamericana, no vacilar y aprender de los errores del pasado. Nuestra incorporación al mundo globalizado, que significa un verdadero cambio de época para nuestros países, y poder conseguir los beneficios de la gran revolución tecnológica en todo orden de cosas, requiere que nos afirmemos en la imperiosa necesidad de la unidad sudamericana.

Entre mayo y junio de 2008, el Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral (IDEA Internacional) organizó un seminario en el que se trató de recuperar para la agenda política peruana algunas de las principales líneas de pensamiento que han alimentado y avivado la política del país durante el siglo XX: el pensamiento social cristiano, los socialismos, los nacionalismos, el pensamiento de Haya de la Torre, el pensamiento de Fernando Belaúnde Terry, perspectivas descentralistas, el liberalismo e ideas políticas frente a los retos del siglo XXI.

La presente separata contiene las ponencias que representaron al pensamiento nacionalista en dicha oportunidad: Héctor Béjar y Carlos Tapia.

Con la publicación de estas reflexiones, aspiramos darles difusión entre los militantes de los partidos así como entre los ciudadanos en general, porque consideramos que el pensamiento político, las ideas, son valores indispensables para la vida democrática de calidad.

International IDEA

El Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral (IDEA Internacional) es una organización intergubernamental con 25 países miembros. Trabaja apoyando a las instituciones y procesos democráticos en el mundo entero, proporcionando recursos para el fortalecimiento de capacidades, desarrollando propuestas de política y apoyando a las reformas democráticas. Las áreas principales de experiencia del Instituto son los procesos electorales, los sistemas de partidos políticos, los procesos constitucionales, y el género y la democracia.

IDEA Internacional
Strömsborg
SE-103 34 Estocolmo
Suecia
Tel: +46 8 698 37 00
Fax: +46 8 20 24 22
info@idea.int
www.idea.int

Con el auspicio de:



ISBN: 978-91-85724-82-6